

La cuadratura del plato Squaring the plate¹

ÁNGELES MORA

España

angelesmora_fr@hotmail.com

La cuadratura del plato

X Premio de Poesía Vicente Núñez

Mónica Doña

Córdoba: El Páramo, 2011

Una de las cosas que el Jurado del X Premio de Poesía Vicente Núñez destacó de este libro fue “su exquisito tratamiento del lenguaje”. Y desde luego lo es, es exquisito su tratamiento del lenguaje pero no porque utilice un lenguaje exquisito o excelso sino porque sabe arrancarle al lenguaje de todos los días, a las palabras sencillas, toda la carga poética de emoción e iluminación que llevan dentro. Mónica Doña nos dice que en su libro ha querido huir de un lirismo que muchas veces resulta falso, hueco, y nos habla de que lo que ha querido hacer es “épica cotidiana”, sin héroes, porque por su libro, como por la vida nuestra de todos los días, lo que circulan son seres que sobreviven como pueden en un mundo adverso.

También para llegar al fondo del drama o los dramas que se esconden tras la superficie pacífica de las cosas, Mónica Doña ha querido servirse sobre todo de la ironía. La ironía suele ser la mejor manera de dejar al descubierto las ridiculeces y las miserias que nos rodean y en las que estamos inmersos sin darnos muchas veces ni cuenta.

Lenguaje llano e ironía, pues. Vayamos ahora al título, que además de ser el título de un poema, impregna sin duda toda la obra: *La cuadratura del plato*. En realidad Mónica juega aquí con la imagen habitual de *la cuadratura del círculo*. Con esa imagen de *la cuadratura del círculo* nos solemos referir a algo así como “conseguir lo imposible”. Esta otra imagen, la de “conseguir lo imposible”, que el círculo sea cuadrado o que el círculo “cuadre”, nos lleva directamente a la realidad de la vida, en sus dos caras: la vida es oscura y la vida es luminosa. Tenemos que aprender a vivirla así. Lo que pasa es que como Mónica Doña ha decidido en este libro acercarse a las cosas diarias o concretas, por eso nos habla de “la cuadratura del plato”: por mucho que junto a los platos redondos ahora nos diseñen platos cuadrados, la realidad es que en la vida las cosas no “cuadran” nunca, y de ahí la ironía y el dolor y la valentía de estos versos: “No te duermas, hermana,/ que otra vez empezamos de cero”, se dice la protagonista a sí misma, mirándose al espejo, al final de la segunda parte del poema “La cuadratura del plato”.

¹ Para citar este artículo: Mora, A. La cuadratura del plato. *Álabe* 5, junio 2012 [<http://www.ual.es/alabe>]

Pero ¿de dónde se saca la fuerza para seguir empezando de cero? Quizá podría aventurar una tercera imagen: la fuerza se saca desde la “magia” y el misterio de la infancia. En la infancia cada día es nuevo y cada palabra es “mágica”. Quizá por eso Mónica Doña nos coloca en medio del libro una adivinanza popular que es en realidad una adivinanza infantil: *Tan redonda como un plato/y sigue a la suela de tu zapato./ ¿Qué es? La luna.* La luna, o sea, la luz y la sombra de la vida. Y me parece oportuno recordar que la primera publicación de Mónica Doña fue un magnífico cuaderno titulado *Nueve lunas*. Y que en este poema central del libro, Mónica nos vuelve a hablar de las “nueve lunas familiares”.

Pero vayamos por orden: el libro está estructurado en tres partes. La primera, titulada “Objetos” es sabrosamente sugerente. Se dedica a ver, mejor dicho, a mirar los objetos cotidianos que nos rodean para a través de ellos encontrarnos a nosotros mismos: el simbolismo que encierran y que despliegan acerca de nuestra vida. Esta primera parte lleva una significativa cita de Carlos Gurméndez: “Lo que tienen ante sí los ojos no son los objetos, es la luz”. En efecto, la luz que nos hace verlos y vernos a través de ellos si sabemos mirarlos con inteligencia. Esa luz que no se detiene en la superficie, que siempre busca lo que hay escondido detrás de las cosas, las personas, las ideas, las palabras. Esa luz que posee en abundancia Mónica Doña es la que rezuma este libro.

No quiero adelantarme a las sorpresas de su lectura, que recomiendo vivamente. Sólo voy a señalar algunos poemas emblemáticos. Por ejemplo el primero, “Coladores”. ¿Qué tiene que ver un colador con la poesía? O el segundo “Bayeta” ¿Para qué nos sirve una bayeta? A veces estos poemas esconden sarcasmos divertidos, como el titulado “Bombilla”, pero otras encierran un desgarramiento más hondo, como “Sábanas” o el titulado “Cuchara”, que más bien nos corta por dentro como un cuchillo, o “Reloj de pared”, con esa campanada solitaria que nos deja el sonido de la desolación. “Galán de noche” despliega una amargura penetrante: con sarcasmo y humor nos habla de la pérdida y de la fe perdida. “Folio”, el último poema de esta parte, es también un sugestivo poema “metapoético”. El miedo al “folio en blanco” del que tanto se habla desde Mallarmé, no es aquí tal miedo, sino que más bien el folio en blanco es toda una provocación para la poeta, ansiosa por volcar en el papel “todo lo que circula por mi cuerpo”. “La carne se hace verbo”, dice, con un nuevo guiño irónico sobre la frase evangélica “Y el verbo se hizo carne...”. Cuando se acaba el poema es el papel, el folio, el que está lleno, y la poeta descansa, lo abandona, lo olvida hasta quedarse en blanco.

La segunda parte es precisamente la titulada “La cuadratura del plato”, de la que ya hemos hablado algo. El poema “La cuadratura del plato” es una mirada atrás, el recuento de una vida, un recuento referido a dos momentos históricos de esa vida que se quiere recordar. Tal vez sólo por ajustar las cuentas con uno mismo. Hemos llegado, como decíamos antes, al plato cuadrado precisamente cuando ya no logramos cuadrar

nada en nuestras vidas, cada vez más tortuosas, difíciles y solitarias, más alejadas de un tiempo que ya no lo marca el sencillo reloj de nuestra muñeca sino el teléfono móvil, el correo electrónico, la prisa cibernética.

Pero tal vez nunca fue sencillo tampoco el tiempo del reloj de nuestra muñeca. Las convenciones sociales, familiares, religiosas del mundo oscuro de nuestra niñez en el franquismo -donde la única luz quizá viniera de nuestra inocencia-, la hipocresía de aquel tiempo de pequeñas y asfixiantes miserias cotidianas, también laten por debajo de la amarga y sutil ironía de este libro y en concreto de este poema. Lo mismo que el desencanto actual, después del fracaso que ha supuesto no haber alcanzado ese mundo realmente democrático que esperábamos con tanta ansia (y que tal vez creímos locamente posible en aquellos años de la loca “movida”) sino esta apariencia de democracia, que nos está dejando cada vez más desnudos, solos e indefensos.

La última parte, “Cine en casa”, recupera de nuevo los poemas breves e irónicos, con esa ironía genial, a la que ya nos acostumbró en la primera, dirigida ahora a la vida en familia. A través de metáforas cinéfilas (imágenes o títulos de películas) van brotando unos poemas magníficos, que serían divertidos si no fueran trágicos, si no te dejaran un regusto amargo sobre las oscuridades profundas que surgen en las aparentemente amorosas pero difíciles y contradictorias relaciones familiares. Son sólo siete poemas, pero sin duda son siete latigazos para nuestra conciencia.

Un escritor tan crítico como H. M. Enzensberger decía, refiriéndose al poeta norteamericano William Carlos Williams, lo siguiente: “Un extraño tabú ha hecho que los poetas de este siglo (del XX) consideren más dignos de su atención el polo norte, la bomba atómica o la leyenda del Minotauro... Williams considera que lo más inmediato es la piedra de toque del escritor y por eso utiliza los objetos de la vida diaria: la toalla, el frigorífico o el cajón de la mesita de noche”.

Claro que Mónica Doña podría escribir sobre la bomba atómica o sobre el Minotauro, pero ella ha preferido revivirnos la vida a través de los objetos cotidianos, ha preferido mostrarnos que la vida o la luna pueden ser cuadradas, aunque luego las cosas nunca “cuadren”.

(Artículo recibido: 04-06-2012; aceptado: 04-06-2012)